

[45]

LAS PARÁBOLAS COMO FICCIONES POÉTICAS¹ Comentario de libros

A. J. Levoratti

La exégesis de las parábolas evangélicas ha pasado por cinco etapas fácilmente reconocibles. A lo largo de estas etapas se las ha interpretado de distintas maneras: unas veces como alegorías y símbolos, otras como metáforas o relatos con una moraleja. En épocas más recientes se han incorporado al estudio de las parábolas los métodos de la moderna crítica literaria, y de esta aplicación han surgido nuevas lecturas e interpretaciones. En esta última línea se inscribe el enfoque hermenéutico que insiste en afirmar el valor estético de las parábolas y la autonomía de las obras literarias. Un enfoque tal no pretende negar que existe una cierta vinculación entre la obra de arte y su autor. Lo que sí se considera dudoso es que un objeto estético pueda explicarse a partir de un conjunto de datos biográficos o de las circunstancias en que vivió el artista. De ahí que algunos exégetas, bajo el influjo de los métodos modernos de análisis literario, se inclinen a considerar de escaso interés, e incluso irrelevante, la preocupación por situar las parábolas en el contexto concreto de la vida de Jesús.

Las parábolas en la predicación de Jesús

La *primera etapa* corresponde obviamente al momento en que las parábolas fueron pronunciadas por primera vez. Jesús

¹ En los últimos años han aparecido varios estudios importantes sobre las parábolas de Jesús. Uno de ellos es el libro de Charles W. Hedrick que lleva por título *Parables as Poetic Fictions, The Creative Voice of Jesus* (Hendrickson Publishers, Peabody. Massachusetts, 1994, 279 págs.). La lectura de este libro ha dado ocasión a la presente nota.

[46] habló en parábolas a un auditorio constituido en su mayoría por judíos palestinos, y los que oían sus palabras las entendieron o no, de acuerdo con sus expectativas y con sus predisposiciones intelectuales y afectivas. La moderna exégesis histórica ha tratado de reconstruir las circunstancias precisas en que Jesús pronunció cada una de las parábolas transmitidas por los evangelios, pero tales esfuerzos no han dado resultados satisfactorios. La investigación histórica, en efecto, carece de la información suficiente para determinar con toda la exactitud el contexto social en que se llevó a cabo aquel proceso originario de comunicación.

La alegorización de las parábolas

La Segunda fase, iniciada ya en los tiempos apostólicos, alcanzó un amplio desarrollo en la exégesis patristica y medieval, y se prolongó hasta fines del siglo XIX. Tal método de interpretación se resume en la palabra *alegorismo*. Las parábolas eran como alegorías, y la alegoría es por excelencia el arte de las analogías: opera con conceptos representables, de manera que la alegorización consiste en captar un significado y expresarlo por medio de imágenes y metáforas. Por lo tanto, al intérprete le corresponde seguir el proceso inverso: si cada uno de los términos es el criptograma de una idea, el conjunto del relato parabólico debe ser descifrado palabra por palabra.

Guiados por este principio, los exégetas buscaron durante siglos simbolismos ocultos en la letra de los relatos parabólicos, incluso en los detalles aparentemente más insignificantes. En la parábola del buen samaritano, por ejemplo, el hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó podía ser Adán; Cristo era entonces el extranjero que acudió en ayuda del hombre caído, la cabalgadura simbolizaba la carne en la que el Señor se dignó venir al mundo, y la posada era figura de la Iglesia. En la parábola de las vírgenes necias, los vendedores de aceite resultaban ser los representantes del ministerio eclesiástico; en la de los talentos, confiada a cada servidor representaba simbólicamente la gracia de Dios.

Esta tendencia a la alegorización aparece ya en los evangelios. Marcos interpreta de acuerdo con este principio la del sembrador (4,14-20); Mateo hace lo mismo con las

[47] de la cizaña (13,36-43) y de la red barredera (13,47-50). y ambos atribuyen esta interpretación a Jesús (Mc 4,13; Mt 13,36).

Adolf Jülicher

El comienzo de la *tercera etapa* coincide con la publicación a fines del siglo XIX de una obra en dos volúmenes, merecidamente famosa: *Die Gleichnissreden Jesu*, de Adolf Jülicher (1857-1938). Esta obra constituye todavía hoy en día un punto de referencia indispensable para el estudio de las parábolas de Jesús. Más aún, las principales ideas de Jülicher se han popularizado tanto que han llegado a constituir un lugar común en la exégesis de las parábolas evangélicas. A causa de esta popularidad, la obra original ya casi no se lee.

Jülicher afirma que el lenguaje de Jesús no es el de un maestro que imparte conocimientos ocultos a un grupo de discípulos selectos, sino el de un predicador popular que dirige a la multitud un mensaje llano y simple. Es un lenguaje vívido, de gran expresividad y fácil de entender. Como se verá más adelante, esta afirmación no se limita a establecer un hecho. Se trata, más bien, del principio hermenéutico en que se funda toda la exégesis de Jülicher.

Para explicar la índole del lenguaje parabólico, este autor recurre a las categorías de la retórica aristotélica. Primero establece la existencia de dos formas embrionarias: la *comparación* y la *metáfora*. La comparación es lenguaje propio; la metáfora, lenguaje figurado o impropio. El desarrollo de la metáfora origina la *alegoría*; en la base del lenguaje parabólico está la *comparación*. En esta distinción se funda la diferencia cualitativa, de capital importancia para la exégesis, entre parábola y alegoría.

El recurso a las parábolas como medio para comunicar una enseñanza se funda en una experiencia casi trivial. La verdad expresada en imágenes es más accesible y atrayente, sobre todo para la gente sencilla, que la formulada en términos abstractos. Por eso Jesús, que ha sido sin lugar a dudas un parabolista genial, compara una realidad determinada (el reino de Dios, por ejemplo) con hechos que pueden considerarse análogos en algunos aspectos, pero que son a la vez mucho más cotidianos y familiares (para los que escuchaban su predicación eran cosas bien conocidas la siembra, la cosecha,

[48] el trabajo en las viñas, la pesca, la preparación de la masa para el pan y la actividad pastoril).

En virtud de la comparación que se establece, la parábola duplica, por así decirlo, el hilo del discurso. El verdadero propósito del parabolista es hacer que el interlocutor dé su asentimiento a la “cosa” expresada; pero en vez de referirse a ella en forma directa, da una especie de rodeo a través de un relato ficticio. De este modo, la parábola lleva al interlocutor de algo que puede admitir fácilmente a una realidad no conocida o a una verdad que él no estaría dispuesto a admitir sin una cierta resistencia. Por eso, dice Jülicher, la parábola resultará incomprensible mientras no se perciba el punto donde convergen la imagen y la realidad.

Jülicher excluye del modo más categórico cualquier intento de interpretar las parábolas como alegorías. Las alegorizaciones de que han sido objeto en la historia de la exégesis distorsionan su sentido original (el sentido que tenían en boca de Jesús). Pero si él insiste en la unicidad del *punctum comparationis*, no lo hace simplemente para afirmar el principio de la no total correspondencia entre la imagen y la realidad significada. Lo que busca, más positivamente, es subrayar la unidad interna (la organicidad) de la parábola. El relato parabólico funciona como totalidad. Los elementos singulares tienen un valor, pero nunca se trata de un valor autónomo; los detalles no entran en juego por lo que son en sí mismos, sino únicamente por su posición en el relato y por la relación que mantienen con la significada. En la parábola del grano de mostaza, por ejemplo, lo que cuenta no es el sabor amargo ni el color oscuro o cualquier otra propiedad de esa semilla (aspectos que solía poner de relieve la alegoresis patrística y medieval), sino la extrema pequeñez de la semilla en contraposición con la considerable altura del arbusto; y no la pequeñez inicial y la grandeza final vistas estáticamente, sino el dinamismo de la relación, es decir, el hacerse grande de lo que al comienzo parecía casi insignificante.

Cuando se trata de especificar qué función cumplen las parábolas, la explicación de Jülicher no está del todo exenta de ambigüedad. Él define a veces las parábolas como *comparaciones expandidas*, que aclaran una realidad menos conocida a la luz de otra mejor conocida. Otras veces las entiende como *comparaciones con una determinada intención argumentativa* (es decir, como un medio para probar algo), que tratan de hacer

[49] que el oyente emita un juicio sobre el hecho narrado. El carácter argumentativo de las parábolas explica la insistencia de Jülicher en sostener que ellas contienen una única afirmación o una sola “punta”, y de allí se desprende el principio hermenéutico que él considera de la máxima importancia: cada parábola es una unidad que se debe entender como tal, sin fraccionarla en aplicaciones parciales. Encontrar esa “punta” será entonces la tarea fundamental de la exégesis.

Si las parábolas intentan clarificar la verdad, no ocultarla, la interpretación que dan los evangelios no corresponde al sentido que ellas tuvieron originariamente en labios de Jesús. Jülicher es consciente de la distancia que se interpone entre Jesús y los evangelios. Estos sitúan las parábolas en diferentes contextos, mostrando así que los evangelistas ya no sabían en qué circunstancias ni ante qué auditorio habían sido pronunciadas. Más aún, los evangelios las presentan de tal modo que se altera el sentido mismo de la enseñanza en parábolas: Jesús las utilizó en su predicación como una forma de discurso clara en sí misma y que se comprende sin mayor dificultad; los evangelistas, en cambio, las interpretaron como discursos oscuros, compañeros del enigma, que no trataban de revelar sino de ocultar. Por lo tanto, para que las parábolas revelaran su sentido oculto hacía falta una explicación (cf. Mt 13.10-11.13; Mc 4,10-12; Lc 8,9-10).

En resumen: Jülicher afirma la especificidad de las parábolas evangélicas como forma dialógico-argumentativa. Jesús las utilizó para ilustrar y convencer, de manera que ellas mantienen una relación estrecha con determinadas situaciones de su vida. Esta vinculación las convierte en un testimonio indispensable para conocer el mensaje de Jesús, sin que por eso haya que ignorar las transformaciones de que fueron objeto al pasar de la predicación de Jesús a su redacción en los evangelios. Sin embargo, el mérito principal de Jülicher consiste en haber mostrado de una vez para siempre (aunque con cierta unilateralidad) que la parábola, como forma literaria, es esencialmente distinta de la alegoría. Al rechazar el alegorismo en cualquiera de sus formas, Jülicher niega que las parábolas manifiesten la intención de ocultar la verdad o de hacerla más difícilmente accesible. La parábola auténtica no tiene nada que ver con el empleo de un lenguaje que sólo puede ser comprendido gracias a una explicación ulterior.

Una vez aclaradas estas cuestiones, aún queda por ver cuál

[50] es el verdadero contenido de las parábolas. Jülicher vio en ellas una pieza clave para comprender el mensaje de Jesús sobre el reino de Dios, que era el tema central de su predicación. La cuestión consiste entonces en saber qué se entiende por reino de Dios. En este punto, Jülicher se presenta como un exponente típico del protestantismo liberal, cuyo manifiesto fue el libro de Adolfo Harnack sobre *La esencia del cristianismo*. De acuerdo con esta posición teológica, lo específico del mensaje no es el misterio pascual de la muerte y la resurrección de Cristo, sino un conjunto de valores de carácter religioso y moral. Por lo tanto, el reino de Dios se identifica con los valores espirituales introducidos por Jesús en la historia humana. Debe quedar claro, sin embargo, que los críticos de Jülicher no han tenido en cuenta la siguiente afirmación: la parábola “no sirve para ilustrar una norma sapiencial o una afirmación doctrinal (*eine Weisheitsregel* oder *einen ethischen Lehrsatz*), sino para iluminar una situación difícil en la que se encuentra la persona que habla, a hacerle obtener el consenso y el convencimiento deseado” (I,98s.).

H. Dodd y Joachim Jeremias

La Cuarta fase está ligada de un modo especial a la interpretación propuesta por Charles H. Dodd en 1935. Las parábolas de Jesús son “la expresión natural de una mentalidad que ve la verdad en imágenes concretas en vez de concebirla por medio de abstracciones”. El fuerte impacto que esos breves relatos produjeron en la imaginación de los discípulos hizo que se fijaran en su memoria y les procuró un lugar seguro en la tradición. La parábola no es una ilustración decorativa de una doctrina que se supone aceptada por otros motivos, sino que tiene un carácter de argumento; invita al oyente a emitir un juicio sobre la situación descrita y lo desafía, directa o implícitamente, a aplicar ese juicio a la materia en cuestión. De ahí la definición dada por Dodd, que ya se ha hecho clásica: “En su forma más sencilla la parábola es una metáfora o comparación tomada de la naturaleza o de la vida diaria que atrae al oyente por su viveza o singularidad y deja la mente con cierta duda sobre su aplicación, de modo que la estimula a una reflexión activa”.

Dodd insiste en el realismo de las parábolas evangélicas.

[51] Cada relato o símil es un cuadro perfecto de algo que puede observarse en el mundo de la experiencia. Todo está de acuerdo con la naturaleza y la vida. Las acciones de los personajes que intervienen en cada narración se ajustan a la situación, y hasta se puede explicar la razón última de ese realismo tan hondo y espontáneo: entre el orden natural y el espiritual no hay mera analogía sino afinidad interna. Por eso Jesús no sintió la necesidad de recurrir a ejemplos artificiosos para ilustrar las verdades que se proponía enseñar. La armonía entre lo natural y lo sobrenatural se le hacía presente con sólo mirar los procesos de la naturaleza, como lo muestra el pasaje que comienza con las palabras “Fíjense en las aves del cielo...” (Mt 6.20-30; Lc 12,24-28).

Sin embargo, el realismo de las parábolas no excluye la presencia de algunos detalles insólitos. No deja de sorprender, por ejemplo, la extraña conducta del dueño de la viña que paga a todos los obreros el mismo salario, sin contabilizar el número de horas que había trabajado cada uno. Como a nadie se le ocurriría ver en ese gesto una conducta habitual, hay que prestar especial atención a ese detalle sorprendente para identificar la “punta” de la parábola. A las protestas de los espíritus legalistas, que le reprochaban su acercamiento incondicional a los publicanos y pecadores, Jesús les responde que eso mismo es lo que sucede con el reino de Dios. La conducta del dueño de la viña es una descripción elocuente de la generosidad divina, porque Dios concede su gracia sin tener en cuenta las medidas de la justicia estricta. Más aún, como la generosidad divina se manifestaba concretamente en el llamado que él dirigía a publicanos y pecadores (es decir, a los que no tenían mérito alguno delante de Dios), sólo hacía falta fijarse en el modo de actuar de Jesús para comprender el verdadero sentido de la parábola. De ahí la insistencia de Dodd en la necesidad de tener bien presente el *Sitz im Leben* en que Jesús pronunció cada parábola. Por haber perdido de vista aquella situación, los primeros cristianos no percibieron su significado original.

También hay que tomar en cuenta el “más importante principio de interpretación”: de las alegorías se pueden extraer diversas aplicaciones de orden doctrinal o moral; la parábola típica, en cambio, presenta un solo punto de comparación. Los pormenores de la narración no tienen un significado independiente. En este aspecto Dodd coincide con Jühicher, si bien hace notar que no siempre son tan bien definidas las

[52] fronteras entre parábola y alegoría. Cuando la parábola tiene una cierta extensión, es probable que se inserten algunos detalles significativos, y si el oyente presta la debida atención descubrirá en ellos un significado adicional. De todas maneras, en la verdadera parábola los detalles permanecen subordinados al realismo dramático del relato, sin desmedro de su unidad.

Si las parábolas han de ser caracterizadas como metáforas o comparaciones, no cabe duda de que resulta indispensable determinar la verdad que se pretende ilustrar por medio de tales imágenes. Para Dodd, el *tertium comparationis* de las parábolas evangélicas no puede ser otro que el tema central en la predicación de Jesús, es decir, el *reino de Dios*. De hecho, Dodd se propone mostrar que Jesús utilizó el lenguaje parabólico para ilustrar lo que Marcos llama “el misterio del reino de Dios” (4,11). A esa realidad se refieren no sólo las parábolas que lo hacen notar expresamente, sino también muchas otras. Por eso, también el estudio de estas últimas puede arrojar una luz insospechada sobre lo que Jesús entendía al hablar del reino.

En lo que respecta al concepto mismo del reino (o reinado) de Dios, es bien sabido que Dodd ha insistido repetidamente en su defensa de la “escatología realizada”. Esta actitud lo sitúa en el extremo opuesto a la posición asumida por J. Weiss y A. Schweitzer, tenaces defensores de la “escatología consecuente”. Según estos autores, Jesús vivía inmerso en un clima de fervientes expectativas apocalípticas y esperó como un hecho inminente la llegada triunfal del reino de Dios. Dodd, por el contrario, afirma que las doctrinas apocalípticas del Judaísmo tardío son ajenas por completo al auténtico mensaje de Jesús. La derrota del mal no es, como en la apocalíptica Judía, una mera esperanza para el futuro. El reino de Dios ha llegado ya (Mc 1,15), de manera que no es necesario esperar una manifestación ulterior al fin de los tiempos. Sólo por un malentendido los discípulos de Jesús reintrodujeron el mito apocalíptico en el kerygma del Nuevo Testamento.

A juicio de Dodd, fueron tres los principales motivos que oscurecieron muy pronto el genuino sentido de las parábolas. En primer lugar, el motivo *apologético*: para explicar por qué una parte del pueblo Judío no aceptó las enseñanzas de Jesús, la Iglesia primitiva pensó que él habla hablado “en parábolas” (es decir, de manera enigmática) a fin de que su doctrina no fuera entendida (Mt 13,11; Mc 4,2). En segundo lugar, el motivo

[53] *parenético*: olvidando que las parábolas tienen un solo punto de comparación, se intentó sacar conclusiones de tipo moral, como si se tratara de alegorías (un ejemplo característico es la interpretación alegorizante de la parábola del sembrador en los evangelios sinópticos). En tercer lugar, el motivo *escatológico*: al ver que Jesús no había instaurado el Reino de Dios tal como ellos lo entendían, los discípulos interpretaron las parábolas como la predicción de un evento que habría de acontecer al fin de los tiempos. El ambiente apocalíptico de la época les impidió interpretar el mensaje de Jesús en su verdadero sentido. Sólo Pablo hacia el fin de su vida y el autor del cuarto evangelio lograron comprenderlo en profundidad.

En esta misma etapa sobresale por su importancia e influencia la obra de Joachim Jeremias. El libro *Die Gleichnisse Jesu*, aparecido por primera vez en 1947, ha sido retrabajado durante veinte años, hasta constituirse en el fruto más maduro de la corriente exegética iniciada por Jülicher. La inclusión de Jeremias en esta etapa está plenamente justificada, porque él mismo se sitúa en la línea inaugurada por Jülicher y continuada por Dodd. De ahí que hoy se hable con frecuencia del eje *Jülicher-Dodd-Jeremias*

Las cuidadosas investigaciones de Jeremias sobre las parábolas evangélicas no abrieron nuevos horizontes a la exégesis. Su mérito principal no está en la novedad del enfoque exegético, sino en haber producido una especie de *summa* dentro de la perspectiva antes señalada. De hecho, Jeremias coincide con Jülicher en afirmar que las parábolas no son alegorías sino comparaciones. Al interpretarlas como alegorías, la tradición las ha malentendido, oscureciendo su sentido original. Este malentendido es como una capa de polvo que se ha depositado sobre los textos a través de los siglos y que la exégesis histórico-crítica tiene el deber de levantar.

El propósito fundamental de Jeremias se resume en pocas palabras: *Von der Urkirche zu Jesus zurück!* Es decir, hay que tomar como punto de partida el testimonio de la Iglesia primitiva a fin de llegar, retrospectivamente hasta los ipsissima *verba Jesu*. El ideal es escuchar hoy la voz de Jesús tal como la oyeron sus contemporáneos. Para lograrlo es preciso descorrer el velo que la tradición ha tendido sobre las parábolas, y este descorrimento requiere, a su vez, reconstruir con la máxima exactitud posible la situación histórica en que fue pronunciada

[54] cada parábola. Jeremias estaba convencido de que es imposible entender el verdadero sentido de una parábola si se desconoce su auténtico *Sitz im Leben*, y por eso se esforzó aún más que Dodd en relacionar cada parábola con una circunstancia única y a menudo imprevista. Estas circunstancias han sido por lo general situaciones de controversia. De ahí que las parábolas de Jesús no puedan ser consideradas como armas de combate (*Streitwaffe*) o como instrumentos de lucha y de argumentación en situaciones de conflicto.

Este afán de reconstrucción histórica hace que Jeremias proponga a veces algunas cuestiones que puedan parecer ingenuas, como, por ejemplo, cuando se pregunta hacia dónde se dirigía el samaritano y si la venda con que curó al hombre caído la sacó de la túnica o del turbante. Pero lo cierto es que Jeremias puso al servicio de esta tarea una extraordinaria erudición, y aun los que critican su enfoque exegético aprecian el valor de los datos que aporta. Por otra parte, como los evangelios no transcriben sin más el texto de las parábolas pronunciadas por Jesús, la retraducción al arameo es otro de los medios que él considera útiles para redescubrir la forma original de las parábolas.

Jeremias coincide con Jülicher en afirmar que el gran tema de las parábolas es el reino de Dios. De ahí que sean una pieza clave para reconstruir el mensaje de Jesús. Muchas parábolas expresan una misma idea con imágenes diferentes, y el conjunto de ellas forma una síntesis completa de la predicación de Jesús. Sin embargo, el reino de Dios no debe ser concebido como lo teología liberal. Ya Dodd había advertido que en la predicación de Jesús el anuncio del reino está referido a la acción escatológica de Dios, que manifiesta su poder suscitando una crisis y ofreciendo a todos su salvación. Pero la concepción que tiene Dodd de la escatología es a todas luces unilateral, debido a que él rechaza como mitológicos todos los elementos provenientes de la apocalíptica judía. Es verdad, dice Jeremias, que el reino de Dios ya se hizo presente en la persona y en la obra de Jesús; pero su consumación última y definitiva pertenece al futuro. Por eso, él no habla de escatología realizada, sino de escatología en vías de realización.

Los críticos de Jeremias han reconocido los innegables méritos de sus minuciosas investigaciones históricas y filológicas. Pero también han hecho notar que su interpretación de las parábolas, considerada en conjunto, presenta algunos

[55] aspectos poco convincentes. En lo que respecta al mensaje que él pretende extraer de los relatos parabólicos, se advierte una marcada tendencia a hacer de Jesús un teólogo luterano. Y en épocas más recientes se ha señalado con especial insistencia un defecto particularmente notable: Jeremias no ha llegado a reconocer plenamente la especificidad de las parábolas *en cuanto parábolas*, ya que, según él, son un mero instrumento para formular una doctrina teológica.

Después de Joachim Jeremias

Después de Joachim Jeremias se inició una nueva fase, más tempestuosa y compleja, cuya característica más notoria es el replanteo total de la exégesis a partir de los nuevos aportes de la lingüística, de la retórica y de la crítica literaria. Un hito fundamental en este desarrollo reciente fue la publicación en 1967 de un libro que ha tenido una resonancia notable: *Parables. Their literary and existential dimension*, de Dan Otto Via. De ahí que no sea del todo arbitrario situar aproximadamente en esa fecha el comienzo de la *quinta etapa*.

La nueva forma de aproximación patrocinada por Via considera las parábolas como objetos estéticos. En consecuencia, es legítimo leerlas como obras de arte y analizar la comprensión de la existencia reflejada en cada relato parabólico, sin prestar demasiada atención a su contexto originario y sin buscar fuera de la narración un referente hipotético. Basado en este principio, Via analiza las parábolas como reflejos de la existencia y no como metáforas del Reino de Dios. Su método es esencialmente a-histórico. Lo esencial no es reconstruir una situación particular en la vida de Jesús, sino captar la comprensión existencial reflejada en la obra de arte. Para lograrlo, es preciso estar atento a las interrelaciones de los elementos en el interior del objeto estético, evitando especular sobre las presuntas intenciones teológicas del parabolista. También hay que descartar la referencia a un *tertium comparationis*, porque de ese modo el relato pierde su consistencia propia y se transforma en la representación alegórica de algo que está fuera de él.

De acuerdo con este nuevo enfoque, el breve relato parabólico es el punto donde convergen los valores estéticos y la relevancia existencial. La parábola no sólo cautiva la atención del oyente,

[56] sino que la orienta por completo a la comprensión de la existencia reflejada en la acción que se narra, e invita a tomar una decisión. Cada parábola es una mediadora que hace presente la comprensión que Jesús tenía de la existencia, y el medio para apropiarse de esa comprensión es la fe. En este sentido, dice Dan Otto Via, el mensaje de las parábolas contiene una cristología implícita.

A esta interpretación se han sumado otras, que sería imposible resumir en unas pocas páginas. Particularmente significativas son la lectura de las parábolas como “acontecimientos lingüísticos” (Fuchs, Jüngel) y la que pone de relieve el aspecto dialógico (las parábolas como medio para entablar un diálogo, Linnemann, Dupont).

Charles W. Hedrick: Las parábolas como ficciones poéticas

El autor de *Parables as poetic fictions* coincide en varios puntos esenciales con la interpretación de Via. Según Charles Hedrick, Otto D. Via tiene razón cuando afirma que las parábolas son ficciones breves, que (cabe suponer) proceden de la libre imaginación de Jesús. Es verdad, asimismo, que estos relatos ficticios tienen una trama y que, por lo tanto, es posible analizarlos con los métodos que se aplican al estudio de las obras de ficción. También es cierto que la excesiva preocupación por el contexto histórico ha hecho que los intérpretes se esforzaran demasiado por relacionar cada parábola con alguna circunstancia de la vida de Jesús, prestando así poca atención a los relatos *en cuanto tales*.

Pero Hedrick no sólo señala los puntos de coincidencia. También encuentra en el método practicado por Via algunos presupuestos cuestionables, y el primero de todos, según él, es que Via incurre en el mismo error que critica. Porque si el objetivo de la exégesis es captar la comprensión existencial que se refleja en la obra de arte, la interpretación se focaliza una vez más en algo exterior al relato parabólico. Y a esta objeción se suma otra, sin duda más importante: por no tomar en cuenta el contexto histórico en que las parábolas fueron pronunciadas originariamente, la interpretación de Via las reduce a la condición de relatos a-históricos, desconectados del medio vital concreto que permitiría interpretarlas de una manera realmente satisfactoria.

[57] Tales objeciones determinan la necesidad, según Hedrick, de dar a la exégesis una nueva dirección. El camino nuevo que él intenta recorrer incluye varios presupuestos. El primero y más decisivo es que las parábolas no deben ser comprendidas como símbolos o metáforas; es decir: no hay que ver en ellas imágenes puestas deliberadamente para llevar al lector fuera del relato, a fin de revelarles significados expresables en abstracciones teológicas. Por lo tanto, el sentido de cada parábola tiene que ser descubierto en el interior de los relatos y no fuera de ellos. Y esto, sin perder de vista el contexto histórico en que fue pronunciada por primera vez. En una palabra: lo esencial es comprender qué dicen las parábolas cuando se las lee como narraciones poéticas ficticias, provenientes de la Palestina del siglo primero.

La presentación anterior, quizá demasiado concisa, se puede ilustrar, primero, con una consideración de carácter general, y luego con un ejemplo que hace ver cómo interpreta Hedrick una parábola evangélica.

1. Los estudiosos de las parábolas evangélicas nunca han dejado de preguntarse qué “significan” estos breves relatos. A partir de esa pregunta han tratado de “explicarlas” (o más exactamente, de traducirlas a un lenguaje conceptual), como si el único modo de interpretarlas adecuadamente consistiera en reducirlas a una serie de proposiciones abstractas (por ejemplo, a enunciados cuyo referente “real” es el reino de Dios). Tales explicaciones asignan por lo general a las parábolas un sentido atemporal, válido de una vez para siempre, y las transforman en portadoras de conceptos, ideas o valores trascendentes.

El resultado de esta operación es obvio: abierta o solapadamente las parábolas quedan convertidas en alegorías, porque la interpretación ya no se concentra en la trama misma del relato, sino en algo que está fuera de él (en la “cosa” significada o en la “intención” del parabolista). Pero si lo importante en la parábola es la idea abstracta o el valor religioso o moral, el relato mismo puede ser descartado una vez que se ha dado de él la explicación (pretendidamente) satisfactoria. Y esa explicación, aceptada como “autoritativa”, va a condicionar en adelante las sucesivas lecturas o audiciones de la parábola y a determinar su interpretación, O para decirlo todo de una vez: el relato ya no va a ser capaz de crear nuevos sentidos; su (único) significado ha sido fijado por la explicación autoritativa.

[58] A esta consideración se añade una observación ulterior sobre la naturaleza misma del significado. Cuando una parábola fue pronunciada y oída por primera vez, tanto el narrador como su auditorio le atribuyeron una significación. Pero el significado que percibieron uno y otro pudo no ser el mismo, porque cualquier narración, una vez hecha pública, se desprende de la intención del narrador y adquiere vida independiente. El sentido que le dio su autor (si es que en realidad pretendió darle uno) pudo ser distinto del que captaron sus oyentes. Personas distintas oyen y entienden cosas distintas, y si la comprensión de cualquier significado está siempre condicionada por la situación particular en que se encuentra cada individuo, también lo estará el sentido que suscitan las parábolas.

No menos problemáticos son los intentos de llegar a la supuesta “intención” del narrador. Esta dificultad proviene, al menos en parte, de nuestro conocimiento limitado. Ya hemos visto que la investigación histórica sólo ha conseguido reconstruir el contexto de los relatos parabólicos de una manera muy vaga. Además, entre el momento en que Jesús pronunció las parábolas y el momento de su consignación por escrito pasaron no menos de cuarenta años, y en todo ese tiempo la transmisión de las parábolas atravesó por tres etapas sucesivas: primero, la predicación oral de Jesús; luego la recepción de las parábolas en las comunidades palestinas de habla aramea, y por último la traducción al griego en las comunidades cristiano-helenísticas.

Si más de cien años de investigaciones críticas no han logrado asignar a las parábolas de Jesús significados únicos, perdurables y aceptados por todos, quiere decir que la exégesis tiene que cambiar sus métodos y plantear preguntas nuevas. Esta renovación debería tomar en cuenta, ante todo, algunos resultados negativos. Sorprendentemente, sólo unos pocos relatos parabólicos conservan (dentro de lo que se considera su forma original) indicaciones que sugieren interpretaciones autoritativas. Y aunque es indudable que las historias han sido construidas para provocar una respuesta (es decir, para suscitar un sentido en el oyente o lector), ellas mismas no dicen de qué modo han de ser entendidas. Esto hace pensar que es por lo menos dudoso atribuir a las parábolas un sentido “original”.

Las parábolas no son in-significantes, pero tampoco ocultan un significado único, último y excluyente. Un significado tal no podría derivarse del texto mismo. El significado específico

[59] proviene más bien de la interacción entre la parábola pronunciada y oída en su contexto histórico y la capacidad imaginativa del oyente o lector. Por lo tanto, los relatos están abiertos potencialmente a varias interpretaciones. Tratar de encerrarlas en un solo sentido es forzarlas a decir más de lo que ellas mismas pretenden.

No hay que olvidar, por otra parte, que es imposible determinar con absoluta precisión la circunstancia en que fue pronunciada cada parábola. En consecuencia, siempre que la exégesis se atreve a reconstruir una situación más o menos determinada, introduce subjetivamente un marco histórico hipotético y hace depender de ese marco, no verificable históricamente, la interpretación de la parábola. De ahí la sorprendente conclusión a la que llega Hedrick: lo más que se puede esperar de la exégesis es que haga ver cómo las parábolas afirman o subvierten determinadas concepciones pasadas o presentes.

2. Un ejemplo de esta “subversión” se encuentra en la interpretación alternativa² que Hedrick da de la parábola del sembrador. En el contexto de una cultura agraria que entendía su propio bienestar como fruto de la obediencia a los mandamientos de Dios, la “secularidad” de esta narración suena como una nota discordante. El relato afirma que la productividad de la semilla sembrada por el agricultor depende de la naturaleza del suelo y de la ausencia de ciertos factores que amenazan la supervivencia de la semilla. Si el agricultor la arroja en el lugar adecuado y las condiciones son favorables, la semilla brotará. Si cae en otro sitio y bajo condiciones menos propicias, es más que probable que la semilla se pierda.

Por otra parte, el relato omite ciertas indicaciones, y este silencio ayuda a iluminar el carácter de la narración. Hay detalles de suma importancia para la piedad israelita que ni siquiera se mencionan, y tal omisión refleja una notoria diferencia entre el “mundo” de la parábola y la visión de la realidad que tenían los judíos en el siglo primero. El sembrador del relato es cualquier agricultor. Nada lo caracteriza como un israelita piadoso o como un fiel cumplidor de la Torah. Los azares a que se ve sometida la semilla son justamente eso: azares, casualidades, como podía

² Se trata de una interpretación “alternativa” porque no es la única propuesta por el autor.

[60] preverlos cualquier agricultor de Palestina. Nada da a entender que los pájaros o la falta de humedad son acciones de un Dios contento con la conducta del labriego. Ni siquiera la interpretación de Marcos entendió la parábola de esta manera. Tampoco se dice que el éxito de la semilla sembrada en buen suelo se debe a la bondad o a la generosidad de Dios. La cosecha no culmina en una fiesta religiosa en la que se expresa la gratitud a Dios por el fruto abundante, y ni siquiera oblicuamente alude el relato a determinadas obligaciones de carácter religioso o a la actividad de Dios. Tales ideas están ausentes por completo. En una palabra: si el trabajo del sembrador ha resultado exitoso, no ha sido porque él fue un labrador particularmente dotado. El éxito se debe simplemente a que él logró poner juntos los elementos adecuados y la naturaleza se le mostró favorable. Si hubiera que darle algún calificativo, se lo podría tildar de “afortunado”.

Hasta aquí la parábola parecería no decir nada interesante. Pero situada en el contexto de la piedad judía en el siglo primero adquiere un sentido abiertamente “subversivo”.³ En ese contexto, afirma Hedrick, la secularidad del relato y sus silencios altamente significativos hacen que la historia aparezca cargada de una desafiante nota de impiedad. Ante todo, porque no dice nada acerca de la soberanía de Dios sobre la naturaleza; después, porque elimina toda referencia al cumplimiento de ciertas obligaciones religiosas como condición para asegurarse una buena cosecha. En este punto preciso el relato subvierte la fe de Israel, desafiando frontalmente el concepto judío, vigente en el siglo primero, de lo que significa ser piadoso y, por lo tanto, humano. Todos los relatos que hablan de la naturaleza comparten la misma nota de secularidad y de impiedad.

Esta parábola, en su secularidad, subvierte de un modo especial la segunda mitad del Shemá (Deut 11,13-21), que era la oración que todo judío piadoso recitaba al principio y al fin de la jornada. En los vv. 14-15, el producto del campo o su esterilidad se atribuyen a la acción de Dios, que corresponde a su vez a la conducta del pueblo. La historia del sembrador, por el contrario, ignora la dimensión religiosa de la vida y

³ En este contexto, la palabra “subversivo” no sugiere la idea de violencia revolucionaria o de lucha armada. Su sentido se acerca más bien al que le da Nietzsche cuando habla de la “subversión de todos los valores” (*Umwertung aller Werte*).

[61] afirma el riesgo, las pérdidas y las ganancias como sucesos naturales y no religiosos. En resumen, la parábola seculariza la vida en vez de sacralizarla.

Como puede advertirse fácilmente, esta lectura de la parábola evangélica no busca la intención de Jesús al contar la historia (en el supuesto de que ésta haya sido realmente inventada por Jesús de Nazaret). Tampoco se pregunta cómo interpretaron la parábola los primeros que la oyeron. La razón fundamental ya ha sido expuesta: en cualquiera de los dos casos habría que reconstruir subjetivamente un marco histórico y referir la historia narrada a ese marco hipotético. De ahí que la interpretación deba prescindir de tales presupuestos y trate de percibir, más concretamente, cómo resuena esa historia ficticia en el contexto cultural y religioso de Israel en el siglo primero.

Al término de esta breve exposición, parecería oportuno emitir un juicio sobre la propuesta de Hedrick. No es fácil, sin embargo, arriesgar un juicio acertado, porque su teoría, más que provocar una adhesión inmediata, lo que hace es suscitar una larga serie de preguntas. Es evidente, por ejemplo, que su lectura de la parábola del sembrador (aparte del tono antijudío que parece oírse en algunos momentos) pone de relieve ciertos detalles que las interpretaciones corrientes no suelen tomar en cuenta, o que se consideran irrelevantes cuando se trata de descubrir el sentido de la parábola. Pero uno puede preguntarse hasta qué punto es legítimo tomar las parábolas como textos aislados, por completo independientes de los evangelios que las han transmitido como palabras de Jesús. Y de ahí surge una nueva pregunta, más importante todavía y relacionada con el principio hermenéutico que debe presidir la interpretación de las parábolas evangélicas. Si las parábolas fueron unas veces la respuesta dada por Jesús en una situación conflictiva, y si siempre estuvieron vinculadas al tema central de su predicación, no se ve cómo podrían entenderse en su verdadero sentido sin una referencia a la persona que las pronunció y al contexto concreto en que fueron oídas por primera vez.